

# Apuntes sobre prosopografías dentro del ejército mexicano en la primera mitad del siglo XIX. Una propuesta de análisis

*Notes about prosopography within the Mexican army  
in the first half of the 19th century. An analytical proposal*

MARIO A. GARCÍA SUÁREZ\*

Recepción: 26 de agosto de 2021

ISSN (impreso): 1665-8973

Aceptación: 17 de octubre de 2021

ISSN (digital): en trámite

DOI: 10.25009/urhsc.v0i39.2717

## *Resumen:*

Este artículo explora la vida de cinco jefes y oficiales del ejército mexicano durante la primera mitad del siglo XIX (para ser precisos entre los años 1819 a 1848). La finalidad es explicar cómo a través de las hojas de servicio militar (fuentes primarias) se pueden dibujar aspectos de la vida castrense de los soldados. De esta manera, se busca proponer a la prosopografía como una herramienta interpretativa que ayude a la historiografía militar a comprender la experiencia del ejército como institución, así como la guerra. A su vez, que ayude a fomentar una visión holística de la historia.

*Palabras clave:* Guerra, ejército mexicano, siglo XIX, prosopografía, metodología, hojas de servicio militar.

## *Abstract:*

This article explores the lives of five commanders and officers of the Mexican army during the first half of the 19th century (to be precise between 1819 and

\* Escuela Normal Superior Veracruzana “Dr. Manuel Suárez Trujillo”, Xalapa, Veracruz, México, e-mail: makumgs\_24@hotmail.com.



1848). The objective is to demonstrate how, through the military service records (primary sources), one may portray aspects of the soldiers' military life. It uses prosopography as an interpretive tool to develop military historiography's understanding of the experience of the army as an institution, as well as an implement of war. In turn, this article fosters a more holistic view of history.

*Key words:* War, Mexican army, 19th century, prosopography, methodology, military service records.

**L**A NUEVA HISTORIA MILITAR EN MÉXICO, ha tenido un desarrollo importante en los últimos tiempos. Nuevos problemas, enfoques y métodos, han llevado a generar diversas líneas de investigación, como la tecnología militar, la composición social del ejército, el reclutamiento, la instrucción militar y el análisis de la guerra, así como la naturaleza del combate.<sup>1</sup> En ese sentido, el presente artículo se considera parte de estos nuevos rumbos, ya que intenta explorar la trayectoria

<sup>1</sup> Una cronología de trabajos sobre la guerra, puede ilustrarnos mejor. Empezamos con Marco Antonio Cervera Obregón y sus *Guerreros aztecas* (2011), que es un estudio sobre el ejército y la guerra mesoamericana. Sobre la guerra de independencia hay varios, pero los que me parecen sobresalientes son los libros de Juan Ortiz Escamilla: *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825* (en su segunda edición de 2014) y *El teatro de la guerra. Veracruz, 1750-1825* (2010). Destaco también la mirada desde las revueltas haitianas de Luis Fernando Granados en su obra *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina* (2016), así como la visión regional de la Huasteca de Michael T. Ducey en su libro *Una nación de pueblos. Revueltas y rebeliones en la Huasteca mexicana, 1750-1850* (2015). Sobre la independencia cabe destacar asimismo *La Trigarancia. Fuerzas armadas en la consumación de la independencia. Nueva España, 1820-1821* (2016) de Rodrigo Moreno Gutiérrez. *La marcha fúnebre* (2018) de Peter Guardino es, por otra parte, un claro ejemplo de historia social sobre la guerra entre México y Estados Unidos. No menos importantes son: la revisión general y actualizada de la guerra de Reforma a cargo de Will Fowler en *La guerra de Tres años, 1857-1861. El conflicto del que nació el Estado laico mexicano* (2020) y los recientes trabajos de Héctor Strobel sobre la intervención francesa: *Historia ilustrada de la Intervención francesa y el Imperio en Veracruz* (2020) y *Xalapa durante la Intervención francesa y el Segundo Imperio (1861-1867)* (2020). Para la época de la Revolución mexicana y la historia contemporánea contamos con: *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica* (2013) de Adolfo Gilly y *1915, México en guerra* (2015) de Pedro Salmerón. Finalizamos con una recopilación publicada en 2014 y titulada *Historia de los ejércitos mexicanos*. En cuanto a trabajos de tesis, tenemos esfuerzos bastante interesantes, por ejemplo: "Defensa y resistencia de la ciudad de México ante la invasión estadounidense, abril-septiembre de 1847" (2018) de Carlos Eduardo Arellano González (Universidad Nacional Autónoma de México); "Estrategias y tácticas militares en la guerra México-Estados Unidos. Una visión a partir del campo de batalla de Sacramento, Chihuahua, 1847" (2018) de Alonso Pérez Juárez (Universidad Autónoma de Zacatecas); "La fragilidad de las armas. Conflicto y vida social entre los militares de la Ciudad de México, 1821-1860" (2013) de Claudia Ceja

militar de cinco oficiales del ejército mexicano durante la primera mitad del siglo XIX. Para ser precisos entre los años de 1820 a 1850. El objetivo de explorar dichas trayectorias, es buscar herramientas metodológicas e interpretativas que ayuden a la historiografía militar a comprender la experiencia del ejército como institución, así como su función, la guerra. Por lo anterior, este texto se encuentra dividido en dos partes principalmente. La primera parte tiene que ver con el hallazgo y el tratamiento de las fuentes. Y el segundo tiene como propósito desarrollar las trayectorias de los oficiales dentro del ejército.

## APUNTES TEÓRICO-METODOLÓGICOS

La metodología parte de la premisa de que a través de las hojas de servicio militar de los oficiales del ejército mexicano (que son las fuentes de primera mano), se puedan plantear estudios prosopográficos con propósitos específicos. Estos propósitos podrían ser explicar: su adiestramiento militar, su participación en los pronunciamientos de la época, sus lealtades a los diferentes gobiernos o caudillos y la formación de redes militares, así como el compañerismo (o camaradería) que se desarrolla entre ellos al pelear durante las distintas guerras. En el entendido de que un estudio prosopográfico busca poner en evidencia las “características comunes de un grupo de protagonistas históricos, mediante un estudio colectivo de sus vidas”, con la finalidad de “hacer inteligible la acción política, ayudar a explicar los cambios ideológicos o culturales, identificar la realidad social, y describir y analizar con precisión la estructura de la sociedad”.<sup>2</sup> En otras palabras, el propósito de la exploración de la vida de personajes históricos es “entender sus comportamientos políticos y, al hacerlo, el contexto en que se movieron”.<sup>3</sup> De igual forma, se ha tratado de evitar analizar a los generales más sobresalientes del periodo, por ejemplo: Antonio López de Santa Anna, Nicolás Bravo, Valentín Canalizo, Pedro Ampudia o Pedro María Anaya, entre otros; no porque fueran menos importantes, sino

Andrade (El Colegio de México), así como “El ejército liberal durante la revolución de Ayutla y la Reforma, 1854-1861” (2020) de Héctor Strobel del Moral (El Colegio de México).

<sup>2</sup> STONE, 1986, pp. 61-62.

<sup>3</sup> FOWLER, 2020, p. 153.

porque al dar voz a otros actores que compartieron la misma época pero que poco se conocen, la historia militar decimonónica es más heterogénea, integradora y completa. Lo anterior se compagina con el estudio prosopográfico orientado hacia las masas, “de quienes no es posible conocer de manera detallada o íntima [su vida]”.<sup>4</sup>

Para poder explicar al ejército y a la guerra (en este caso fue la guerra entre México y Estados Unidos de 1846-1848), las fuentes son pocas pero ricas en contenido. Se trabajó con un documento que consta de unas listas de jefes y oficiales que se rindieron al concluir la batalla de Cerro Gordo de 1847.<sup>5</sup> De estas listas, se pudo identificar a los batallones que pelearon. Fueron casi trescientos hombres los que pudieron ser agrupados en sus respectivos cuerpos.<sup>6</sup> De ese universo se tomó a los batallones con más hombres juramentados (es decir, que tomaron la elección de no volver a luchar durante la guerra), los cuales fueron: el 3° batallón ligero con diez y ocho hombres, el 6° batallón de línea con veinticuatro hombres y el 5° batallón de línea con treinta y nueve hombres. La intención de seleccionar a los batallones con más oficiales fue para tener mayores probabilidades de encontrar sus hojas de servicio. Los datos que proporcionó esta lista fueron: nombre, apellido, rango militar, cuerpo de pertenencia (es decir su batallón), si era juramentado o no, si contaba con algún pasaporte y la fecha y el lugar donde se expidió tal pasaporte. Se debe de aclarar que en esta muestra no se encontraron soldados procedentes de la tropa (soldados rasos, cabos y sargentos), sino oficiales con rangos desde tenientes hasta coroneles.

A continuación, se buscaron sus hojas de servicio para poder darles un rostro y conocerlos. Las hojas de servicio son documentos de índole burocrático. Como toda institución, el ejército cuenta con un registro administrativo de su personal, con expedientes de generales, jefes y oficiales de los siglos XIX y XX, así como veteranos de la Revolución mexicana. Estos

<sup>4</sup> STONE, 1986, p. 63.

<sup>5</sup> Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Guerra y Marina, caja 29, exp. 963, ff. 9-31. Por motivos de extensión no se detallará el análisis completo. Para ello, puede consultarse a GARCÍA SUÁREZ, 2018, cuya ficha completa se encuentra en la Bibliografía.

<sup>6</sup> Para la historiografía de esta guerra, el ejército mexicano que luchó en Cerro Gordo contaba con alrededor de nueve mil hombres (entre la tropa, oficiales y el Estado Mayor).

documentos se encuentran en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, en la sección de Cancelados, y pueden ser consultados previa solicitud. Esta sección cuenta con documentos de oficiales que ya no están activos, se encuentran retirados, fallecieron o disponen alguna licencia, y de militares que desertaron o causaron baja. Los rangos de estos militares van de subteniente a general de división.<sup>7</sup>

Para Lawrence Stone “la materia prima a partir de la cual se construyen los estudios prosopográficos comprende tres categorías generales: simples listas con los nombres de quienes detentan ciertos cargos o títulos, o donde se enumeran las capacidades educativas o profesionales; genealogías familiares; y diccionarios biográficos completos”.<sup>8</sup> Si bien en las hojas de servicio no encontramos genealogías ni se tienen diccionarios biográficos de jefes y oficiales —mucho menos de la tropa—, sí se encuentran datos similares para poderlos analizar. Por ejemplo, estos documentos están constituidos en secciones donde se presenta la información del oficial, como son su nombre, lugar de procedencia, estado civil y edad, así como sus empleos y grados, los cuerpos donde ha servido, las campañas y acciones de guerra en las que ha participado, junto con sus premios, castigos, licencias y notas que califican sus actitudes y conocimientos, como el valor, las matemáticas y la geometría, los ejercicios físicos, la conducta civil y militar, la salud, entre otros. Enseguida se encuentra una serie de documentos misceláneos, anexos al expediente, que detallan aspectos de carácter burocrático y de los cuales uno se puede valer para conocer aspectos de la vida del militar fuera de la guerra, por ejemplo, las relaciones que el oficial va formando con sus superiores y sus subordinados, pero también pequeños reportes que funcionan como relatos sobre alguna acción y que muestran el compromiso para con su unidad. Es un *curriculum vitae*.<sup>9</sup>

Los oficiales que se localizaron fueron cinco: el capitán comisionado de 2° ayudante Manuel Echeverría, del 3° batallón ligero; el general de brigada Manuel Noriega del 6° batallón de infantería; el teniente coronel

<sup>7</sup> HERNÁNDEZ SILVA, 1988, p. 134.

<sup>8</sup> STONE, 1986, p. 64.

<sup>9</sup> Por supuesto, estos datos deben de ir contextualizados con fuentes secundarias y estudios de la época para poder explicar las motivaciones y acciones que realiza el oficial y que no se pueden entender con la pura información primaria.

Juan Montes de Oca, junto con los capitanes Luis Franco y Romualdo Hinojosa, los tres del 5° batallón de infantería. Es importante señalar que no sólo se busca analizar las relaciones políticas y sociales dentro y fuera de la institución castrense, sino escribir un relato que integre tales relaciones con las experiencias en pronunciamientos y en guerras de todo tipo. Esto concuerda con lo expuesto por Will Fowler, a saber: que el ejercicio biográfico (en este caso prosopográfico pues es colectivo) puede llegar a ser un estudio total de la historia.<sup>10</sup> En ese sentido se comparte la idea de que escribir biografías debe de ser una tarea libre y tolerante pero con una clara evolución de los personajes, así como de los momentos históricos que vivieron y sin caer en la ficción.<sup>11</sup>

De esta forma, se puede decir que las hojas de servicio pueden explicar cómo el fogeo adquirido en las fuerzas armadas no sólo hace que sus actores pierdan el temor a la muerte, sino que creen lazos de camaradería y confianza, lo que les ayuda a sobrevivir a las longevas y encarnizadas batallas (historia militar). A su vez, dichas hojas permiten ver la composición heterogénea del ejército mexicano durante la primera mitad del siglo XIX y su participación en la conformación del Estado mexicano (historia social y política). Estos oficiales tuvieron una formación y trayectoria muy diversa, por ejemplo, tenemos a un oficial que entró al servicio por medio de la educación militar y que es completamente distinto a otro que empezó su carrera dentro de las filas del ejército realista. A su vez, estos dos oficiales se distinguen de los otros tres, ya que estos últimos iniciaron su vida en las armas como milicianos para después incorporarse al ejército permanente. Todos ellos movidos por diversos intereses debido a los cambios socioeconómicos y políticos que hubo en la primera mitad del siglo XIX.

Sin embargo, se debe hacer énfasis en las limitantes que, hasta este momento, han aparecido en aras de seguir reflexionando sobre esta misma línea. La primera limitante es la propia fuente primaria. Stone señala que la prosopografía se ve “limitada por la cantidad y calidad de los datos recabados”, debido al estatus social del personaje: “Entre más desciende en el sistema social más escasa será la documentación”. A su vez, la infor-

<sup>10</sup> FOWLER, 2018, p. 27. Dos años después esta idea la mantiene vigente. FOWLER, 2020, p. 154.

<sup>11</sup> FOWLER, 2018, p. 30.

mación será “profusa en lo que toca a ciertos aspectos de la vida humana, y casi inexistente con respecto a otros”.<sup>12</sup> Es decir, que dependiendo de la información contenida en los documentos se analizarán unos aspectos más que otros. En este sentido, esto conlleva a estar sujetos a no conocer todos los pormenores por los que pudo pasar el militar, sólo se puede insertar al oficial en uno u otro momento de su (la) historia. Para poder superar tal limitante, la información se tiene que contextualizar y enriquecer con otras fuentes. Expuesta la metodología y la constitución de las hojas de servicio, vamos a las prosopografías.

### LOS “MANUELES”: GENERACIONES DIVERGENTES (1819-1853)

En este apartado, se intentan recrear las prosopografías de los oficiales Manuel Noriega y Manuel Echeverría. Su ingreso a las fuerzas armadas, las acciones de guerra en las que participaron, sus apoyos e intereses políticos y los momentos históricos que les tocó vivir, hacen que sus caminos se mezclen en los mismos escenarios. De ahí que, al final, se comparen ambas trayectorias para enfatizar elementos comunes, así como diferencias, ya que estamos ante dos generaciones de oficiales durante la primera mitad del siglo XIX.

Manuel Noriega nació en la Ciudad de México. Fue un veterano de la guerra de independencia militando en el ejército realista. Entró al servicio a los 16 años en el regimiento de Fernando VII en 1819. En este regimiento luchó en contra del movimiento trigarante en Toluca, hasta que no tuvo más remedio que adherirse a él. El regimiento de Fernando VII se fraccionó por el Plan de Iguala y los que no apoyaron a Iturbide, lucharon en la hacienda de Las Huertas, en Zinacantepec, cerca de Toluca, el 19 de junio de 1821. El propósito de este combate era la toma de la ciudad de Toluca, pero pensada como distracción por los trigarantes para su verdadero objetivo, Querétaro.<sup>13</sup> Iturbide había mandado a los trigarantes del regimiento, “con el fin de atraer al resto del batallón que estaban

<sup>12</sup> STONE, 1986, pp. 75-76.

<sup>13</sup> MORENO GUTIÉRREZ, 2016, pp. 212 y 332-333; JIMÉNEZ VÁZQUEZ, 2007, pp. 112-113.

defendiendo Toluca”.<sup>14</sup> El resultado que se reportó de ambas partes fue el haber causado bajas de trescientos hombres entre muertos, heridos y desaparecidos. Las Huertas fue el primer evento bélico de Noriega. Apoyó a Santa Anna en el plan de Casa Mata en 1823 ya que luchó en contra del movimiento de Iturbide. Noriega era apenas subteniente de infantería en aquel año.

A lo largo de los primeros años de la república, Noriega defendería al gobierno de los pronunciamientos políticos-militares. Los intereses políticos y los privilegios ofrecidos por el gobierno a militares durante las décadas de 1820 y 1830, pudieron ser factores para que Noriega no “cambiara de bando”. El primer levantamiento fue el de la Acordada, el 30 de noviembre de 1828. Este pronunciamiento inició por parte de republicanos que apoyaban a Vicente Guerrero para la presidencia.<sup>15</sup> El teniente Noriega se encontraba en la Ciudad de México cuando estalló el pronunciamiento. Un ultimátum por parte de los amotinados dio el tiempo suficiente para que las fuerzas del gobierno “ocuparan los edificios altos de la parte central de la ciudad, tratado de cubrir el palacio y estableciendo tropas de reserva en los patios del palacio”.<sup>16</sup> Aunque no se ha podido determinar, es probable que Noriega estuviera apostado en dicho perímetro del centro de la ciudad aguardando el ataque de los pronunciados. Durante los primeros días de diciembre el centro de la ciudad se convirtió en un verdadero campo de batalla y los disparos cobraron la vida de los soldados. Afortunadamente para Noriega, no fue su caso y el teniente libró las hostilidades sin percance alguno. El último día de combate se llegaron a acuerdos para el cese de hostilidades y, tras la huida de Gómez Pedraza, Vicente Guerrero fue elegido presidente, pero su gobierno sería fugaz, pues los “hombres de bien” estaban confabulando el Plan de Jalapa de 1829. El plan fue un rotundo éxito y algunas guarniciones principales se adhirieron. Ante esta situación, Guerrero solicitó permiso para combatir la sublevación, pero a la salida del presidente, varios políticos y militares dieron un golpe de Estado en la Ciudad de México, captu-

<sup>14</sup> JIMÉNEZ VÁZQUEZ, 2007 p. 113.

<sup>15</sup> FOWLER, 2010, p. 160.

<sup>16</sup> SÁNCHEZ LAMEGO, 1963, p. 431.



rando el Palacio Nacional. Noriega probablemente estuvo en esta toma.<sup>17</sup> Guerrero se quedó sin cuartel general y rodeado por dos frentes tuvo que abandonar la lucha retirándose a sus tierras en Tixtla.

En 1830, para legitimar su régimen, Anastasio Bustamante realizó una serie de políticas militares que tuvieron influencia en la lealtad de los soldados de la época y Noriega no fue la excepción. El régimen “invirtió dinero para pagar sueldos y suministrar uniformes y armas a la tropa, destinando diez millones de pesos entre julio de 1831 a junio de 1832. Se repartieron ascensos, medallas y pensiones libremente. En estas promociones hubo nueve oficiales al rango de general de brigada y veintiséis al rango de coronel”.<sup>18</sup> A Noriega le tocaron varios de estos beneficios, por ejemplo: ser parte del Ministerio de Guerra durante dos años (1832-1834) y ascender en el escalafón militar, a capitán en 1830 y a teniente coronel en 1832. Fue también en 1832 cuando luchó contra Santa Anna en la batalla de Tolome.<sup>19</sup> El contexto en el que se libró esta batalla fue el pronunciamiento en contra del gobierno de Anastasio Bustamante. Este levantamiento exigía renovar el gabinete bustamantista pues estaba dominado por centralistas responsables de tolerar crímenes imperdonables contra los derechos civiles del país. El más claro ejemplo fue el asesinato de Guerrero. Ciriaco Vázquez redactó el plan y buscó a Santa Anna para que fuera su líder. Las tropas gubernamentales enviadas a sofocar la rebelión llegaron a la zona del puerto de Veracruz, el 11 de febrero de 1832, al mando de José María Calderón. Para el 3 de marzo se encontraron con las fuerzas santanistas en Tolome. El combate fue un desastre para las tropas santanistas, pues a pesar de los esfuerzos por cortar el abastecimiento de agua y la retirada a las tropas del gobierno, Calderón se posicionó en Loma Alta, cerca de Tolome, levantó barricadas y colocó su artillería que pudo repeler el ataque. Santa Anna no contaba con artillería y sus soldados cruzaron fuegos contra los del gobierno, revelando sus posiciones, lo que dio pie a que la artillería del gobierno se dedicara a bombardearlos desde una posición elevada y ventajosa. Esto diezmo a las fuerzas san-

<sup>17</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSDN), fondo Cancelados, d/114/1950, ff. 64-77.

<sup>18</sup> ANDREWS, 2008, p. 155.

<sup>19</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/114/1950, ff. 64-77.

tanistas, que sufrieron cerca de quinientas bajas, mientras que en las de Calderón no llegaban a las cien.<sup>20</sup> Probablemente Noriega presenció el “espectáculo” desde una posición retirada viendo cómo los hombres de Santa Anna caían muertos o heridos.

Noriega peleó contra los franceses en 1838, en la conocida Guerra de los Pasteles. Las negociaciones para terminar con el bloqueo del puerto de Veracruz<sup>21</sup> no llegaron a algún acuerdo, por lo que el 27 de noviembre los buques franceses rompieron fuego sobre la fortaleza de San Juan de Ulúa que estaba al mando del general Manuel Rincón. Por el reporte de Antonio Gaona se puede apreciar que el ataque destruyó una buena porción de los reductos defensivos de Ulúa. A Noriega se le asignó defender el baluarte de San Crispín, al cual le tocó el efecto colateral del Caballero Alto, ya que éste recibió un asedio constante de bombas que lo hizo explotar. Según Gaona, todos los que cubrían al Caballero perecieron. Su narración de lo ocurrido puede dar una idea de lo que vivió Noriega durante el ataque: “La batería del Caballero Alto sufrió bastante; pero a pesar de ello sus dignos defensores, que lo eran cuarenta y un zapadores que manejaban las piezas, continuaban sus fuegos con acierto hasta que otra bomba que entró en el mirador y la mayor parte de la batería, sepultando en sus ruinas a cuantos se hallaban sirviéndola, y muchos otros de los de San Crispín que se halla debajo”.<sup>22</sup> Afortunadamente, las bajas para el batallón Aldama (al que pertenecía Noriega para ese año) fueron mínimas: solo doce soldados entre muertos y heridos aparecen en los estados que levantó Gaona después del ataque.<sup>23</sup> En la noche del 27 se llevó a cabo una reunión entre los oficiales que defendían los baluartes. Todos estuvieron de acuerdo en que ya no se podía seguir defendiendo el fuerte. Manuel Noriega participó en la firma de rendición. En los primeros días de diciembre, el Congreso destituyó a Manuel Rincón como comandante en jefe por haber rendido tanto a Ulúa como a la ciudad de Veracruz. En su lugar, nombró a Santa Anna, quien, llegando al puerto, tuvo un enfrentamiento en las calles de la ciudad contra los franceses. De Manuel Noriega no hay registro en esta acción.

<sup>20</sup> BRISTER y PERRY, 1985, pp. 721-725; FOWLER, 2010, pp. 192-193.

<sup>21</sup> GARCÍA SUÁREZ, 2014, p. 49.

<sup>22</sup> RINCÓN, 1839, Justificativos, núm. 119, p. 107.

<sup>23</sup> RINCÓN, 1839, Justificativos, núm. 138, pp. 124-125.

Después de la fugaz guerra contra los franceses, Noriega regresó a la Ciudad de México, donde permaneció en el 5° batallón de infantería hasta finales de 1839 y después pasó al 6° de infantería. Ese mismo año el cadete Manuel Echeverría entraba al Colegio Militar.

Oriundo también de la Ciudad de México, Echeverría contaba con 20 años cuando ingresó a las filas militares. La decisión de Echeverría de unirse a las fuerzas armadas bien pudo ser de índole familiar, ya que su tío, Martín Martínez de Navarrete, fue general de brigada y pudo haberlo influenciado en el camino del ejército. Durante su estancia en el Colegio, que fue de dos años (enero de 1839 a noviembre de 1841), Echeverría fue un estudiante promedio. De las habilidades que calificaba la instrucción militar, como la geografía, la estadística, las matemáticas, la conducta civil y militar, etc., no hay evaluación de este oficial.<sup>24</sup> Durante sus estudios estalló el pronunciamiento federalista de julio de 1840 en la Ciudad de México, el cual obligó a Echeverría a interrumpirlos.<sup>25</sup> Los caminos de Manuel Echeverría y Manuel Noriega fueron paralelos por primera vez en aquel verano.

La madrugada del 15 de julio, un grupo de soldados de la guarnición de la Ciudad de México se pronunció en favor de la federación. Se apoderaron del Palacio Nacional y tomaron prisioneros a Anastasio Bustamante y a Vicente Filisola.<sup>26</sup> Para cuando el sol salió, la población despertó con la noticia de la toma del Palacio por parte de los federalistas. Al medio día, se sabía que el general Gabriel Valencia se hallaba en la Ciudadela organizando una fuerza para sostener al gobierno. El Colegio secundó esta acción de Valencia y se dispuso a apoyar en la Ciudadela. Una vez ahí, una parte de los alumnos fueron requeridos para asaltar el Palacio Nacional y la otra se quedó a resguardar la Ciudadela. Triste o afortunadamente, Echeverría quedó relegado en la Ciudadela sin hacer un solo disparo.<sup>27</sup> Mientras Eche-

<sup>24</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 7-8 y 135.

<sup>25</sup> PÉREZ TOLEDO, 1992, pp. 31-34. Dicho pronunciamiento buscaba el regreso del régimen federal y fue parte de una serie de movimientos que se habían presentado a lo largo del país, desde la instauración del centralismo en 1835 y la proclamación de la Constitución de las Siete Leyes.

<sup>26</sup> PÉREZ TOLEDO, 1992, pp. 31-32; también en SÁNCHEZ LAMEGO, 1963, p. 427. Los cuerpos militares que se pronunciaron fueron el 5° y 11 regimiento de infantería y el batallón de comercio.

<sup>27</sup> SÁNCHEZ LAMEGO, 1963, p. 436. Lamego manejó una variada documentación de las operaciones militares de aquel julio. En estos legajos están los nombres de los alumnos que asaltaron el Palacio Nacional pero Echeverría no figura, por lo que se puede inferir que durante el pronunciamiento no participó en combate.

verría se quedaba en la Ciudadela, Noriega preparaba tres compañías de la columna que iba a asaltar el Palacio Nacional. Estableció su puesto y su perímetro en el convento de San Agustín, mandando a los reclutas colegiados a posicionarse en calles cercanas al Palacio (hoy Uruguay y 5 de Febrero). Noriega fue parte clave durante los doce días que duró el pronunciamiento.

Al final, el pronunciamiento terminó y el 27 de julio los líderes sublevados optaron por dejar la lucha cuando las circunstancias del levantamiento se volvieron en su contra.<sup>28</sup> Noriega fue nombrado general después de este evento.

Para 1843, Manuel Echeverría ya había concluido su estancia en el Colegio y fue incorporado al 1° batallón ligero ostentando el rango de teniente. Ese mismo año las diferencias políticas del país no parecían tener fin. El estado de Yucatán estuvo en constantes discrepancias con el gobierno central, tanto así que aquella región buscó separarse del territorio mexicano.<sup>29</sup> El gobierno nacional declaró facciosos a sus gobernantes y piratas a sus embarcaciones, cerrando los puertos de Sisal y Campeche al comercio y dando comienzo la campaña de Yucatán en 1842. Noriega y Echeverría debieron dejar la capital en algún momento durante los primeros meses de aquel año, ya que la invasión sería desde Veracruz a la isla del Carmen; desde ahí, las tropas mexicanas tomaron el puerto de Lerma para iniciar la marcha hasta la ciudad de Campeche, donde llegarían a principios de noviembre.

Mientras eso ocurría, las defensas yucatecas fueron desalojadas sin presentar batalla alguna y el ejército tomó posesión de la Eminencia y San Miguel. En la Eminencia Echeverría vio su primera acción. Al parecer, tal lugar se trataba de una colina cerca de la ciudad de Campeche. Después de este enfrentamiento el resultado era poco claro para ambos bandos, por lo que el ejército expedicionario se limitó a bombardear la ciudad de Campeche desde noviembre de 1842 hasta finales de enero de 1843. La campaña se estaba volviendo muy larga y desgastante, así que el ejército decidió tomar los pueblos de Chiná (cerca de Campeche), el 2 de febrero, y de Tixkokob (cerca de Mérida), el 10 de abril.<sup>30</sup> En esta segunda acción

<sup>28</sup> PÉREZ TOLEDO, 1992, pp. 40-43.

<sup>29</sup> QUEZADA, 2010, pp. 130-131.

<sup>30</sup> BAQUEIRO, 1871, pp. 82-83 y 97-100.

Manuel Echeverría fue herido al recibir dos disparos, aunque no se determinó en qué parte del cuerpo,<sup>31</sup> y los ligeros fueron al frente durante este enfrentamiento. Entre febrero y abril, Noriega se quedaría a preparar el asedio a la ciudad de Campeche, con la finalidad de establecer una base de operaciones y tomar la ciudad. Las fuerzas yucatecas constantemente los atacarían, pero sin resultado. El final de este episodio llegó tras los pactos celebrados entre los generales Peña y Barragán y Llergo que llevan el nombre de Tratados de Tixpehual.<sup>32</sup> Fue así que la expedición puso rumbo a Tampico.<sup>33</sup>

Una vez en Tampico Echeverría solicitó dos cosas. La primera, una licencia de dos meses para poder sanar sus heridas en la Ciudad de México,<sup>34</sup> y la segunda, la obtención del grado de capitán.<sup>35</sup> Sin embargo, el proceso se atrasó casi un año (de agosto de 1843 a enero de 1844). Debido a esto, el oficial volvió a solicitar su promoción siendo intermedio su oficial al mando, el coronel Francisco Pérez. Ya para entonces Manuel Echeverría sería reasignado a la segunda compañía del 3° batallón ligero de infantería, regresaría al servicio después de recuperarse de sus heridas y, en enero de 1844, recibiría la comisión de 2° ayudante,<sup>36</sup> mientras sus días pasarían tranquilamente hasta el estallido de la guerra contra los Estados Unidos.

A mediados de 1846, Manuel Noriega inició un trámite burocrático para la obtención de la medalla (o diploma como dice su hoja de servicio) de la cruz de 2° clase de constancia. Dicha distinción le sería otorgada por sus treinta años de servicio. En comunicación con Tornel al Ministerio de Guerra y Marina, afirmaba tener los requisitos necesarios para obtener el premio. A esto, Tornel contestó a Noriega positivamente.<sup>37</sup> De igual forma, por un golpe de suerte o por el tiempo ya servido, Noriega recibiría aviso de Manuel María de Sandoval, quien le comunicó que “seguiría percibiendo su sueldo de jefe del batallón ligero mientras termina

<sup>31</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 142-151.

<sup>32</sup> BAQUEIRO, 1871, pp. 97-100.

<sup>33</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 142-143.

<sup>34</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 152-157.

<sup>35</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 142-151.

<sup>36</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 7-11.

<sup>37</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/114/1950, ff. 439-441.

de arreglar el papeleo y el estado del mismo cuerpo en tanto se realiza el cambio”.<sup>38</sup> De esta manera, Noriega se “perdería” la lucha contra los estadounidenses con el 1° batallón ligero en el norte del país. Noriega cambiaba su mando y ahora estaría a cargo del 6° batallón de línea un mes antes de la caída de Monterrey.

Pero Echeverría si viajó a defender Monterrey al inicio de la guerra. Auxilió junto con el 3° ligero una posición llamada la Tenería al suroeste de la ciudad. Sin embargo, debido a lo improvisado del reducto y al constante asedio de los estadounidenses, éste cayó el 20 de septiembre, obligando al 3° ligero a replegarse hacia otra posición llamada el Rincón del Diablo. Ésta fue la única acción que involucró al 3° batallón ligero, según las crónicas.<sup>39</sup> Después de la rendición de la ciudad, los batallones sobrevivientes se pusieron en marcha rumbo a Saltillo para unirse con el ejército que había reunido Santa Anna y encarar a los estadounidenses en la batalla de la Angostura. La acción de Manuel Echeverría, en la Angostura, consistió en la ocupación de un cerro a la derecha de la posición mexicana que Zachary Taylor había descuidado tomar. Dicho cerro presentaba dificultades por el ascenso casi perpendicular de sus laderas. El combate continuó hasta la noche sin saber quién había ganado la posición; los batallones ligeros apenas pudieron tomar alimento alguno, sino es que no lo hicieron, y el combate fue cruento según se ganaba o perdía terreno. Por último, los estadounidenses cedieron la posición. El resto de la noche se pasó a la intemperie con el enemigo enfrente. Estuvo lloviendo y el frío era crudísimo, se prohibió hacer fogatas y no había ninguna luz en el campamento. La mayor parte del ejército esperaba el combate indiferente y tranquilo, “como si la muerte no girara sonriendo sobre sus cabezas”.<sup>40</sup> El combate continuó el 23 de febrero y al final del día “se calculaba que habían muerto cerca de dos mil soldados entre ambos bandos. La posición de los estadounidenses era sólida y evitó su derrota

<sup>38</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/114/1950, f. 442.

<sup>39</sup> ROA BÁRCENA, 1986, pp. 82-83; SMITH, 1919, pp. 250-253; ALCARAZ *et al.*, 1999, p. 60. Por una mención en las crónicas, que dicen que “llegaron como refuerzo”, el 3° ligero bien pudo arribar durante la parte final del combate, cuando las fuerzas mexicanas retrocedían, pero es difícil asegurarlo ante la falta de fuentes y concluir si el batallón realizó disparo alguno.

<sup>40</sup> ALCARAZ *et al.*, 1999, p. 99.

aplastante llevando a un resultado incierto para ambos contrincantes. Después de 40 horas de combate, los soldados mexicanos necesitaban descanso y alimentos, por lo que Santa Anna, antes del amanecer del 24 de febrero, se retiró a Agua Nueva y después a San Luis”.<sup>41</sup> El maltratado ejército de la Angostura regresaba para detener la invasión estadounidense por Veracruz, recorriendo el territorio nacional en un lapso de dos meses (del 24 de febrero al 18 de abril de 1847) para luchar en Cerro Gordo. Mientras Echeverría era parte de ese éxodo, el 6° batallón de línea de Noriega viajó de la Ciudad de México a Xalapa el 3 de abril y de ahí se trasladó a Cerro Gordo unos días después. Sus integrantes se pusieron a disposición del general Rómulo Díaz de la Vega y se posicionaron en el camino nacional.

Durante la batalla de Cerro Gordo, que se libró entre el 17 y el 18 de abril de 1847, el 3° batallón ligero, donde se encontraba Echeverría, fue asignado a defender la retaguardia de la línea mexicana, la cual fue rodeada por el ejército estadounidense al medio día del 18 de abril y al final derrotada. Hubo una desbandada en cuanto los militares mexicanos se vieron rodeados, lo que propagó el miedo. Algunos oficiales fueron capturados, pero otros pudieron escapar, tal fue el caso de Echeverría. Mientras esto ocurría en la retaguardia, en la posición donde estaba Noriega (el camino nacional), los soldados mexicanos se vieron ya sin posibilidades de oponer resistencia ante el rodeo estadounidense, lo que orilló a la rendición. Varios oficiales fueron tomados prisioneros, entre ellos, Manuel Noriega.<sup>42</sup> La huida de Echeverría le permitió reincorporarse a los restos del ejército mexicano que se puso en marcha rumbo a la Ciudad de México para pelear en Chapultepec y defender la ciudad en aquel septiembre de 1847.<sup>43</sup>

Al final de la guerra, Echeverría pidió una licencia por dos años (del 1 de enero de 1848 al 23 de enero de 1850) pero después fue llamado al servicio.<sup>44</sup> De su retiro y fallecimiento no se encontraron datos. De Manuel Noriega se sabe que se licenció en 1849 (probablemente fue liberado

<sup>41</sup> FOWLER, 2010, p. 337.

<sup>42</sup> GARCÍA SUÁREZ, 2018, pp. 104-106.

<sup>43</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 7-8.

<sup>44</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/1953, caja 115, ff. 7-8.

al término de la guerra) y fungió como gobernador y comandante de Michoacán en 1854 y de Puebla en 1858.<sup>45</sup>

Para finalizar estas trayectorias militares, destaco un par de elementos que estas dos primeras prosopografías pueden aportar. El primero tiene que ver con la relación vertical entre la institución marcial y su personal, misma que se ve reflejada en la promoción meritoria y las lesiones en el cuerpo humano. Derramar sangre, en este caso, era utilizado por la institución para fomentar la lealtad dentro de sus tropas y, de igual forma, premiar a aquéllos que lo hacían para reforzar dicha rectitud. A su vez, era manejado por los soldados como manifestación legitimadora en la obtención del siguiente grado y la recompensa (como el aumento de salario) que esto conlleva. Estos elementos en común los vamos a tener presentes tanto en Noriega como en Echeverría. Al primero, la cantidad considerable de reconocimientos y sus treinta años sirviendo al Estado, le hizo alcanzar puestos de muy alta jerarquía política. Al segundo, las heridas recibidas en campañas militares y su educación militar, lo llevó también a escalar en la jerarquía militar aunque de manera mucho más rápida que Noriega, como se verá en el siguiente párrafo.

El segundo elemento se encuentra en la relación horizontal establecida entre los dos oficiales y que presenta algunas diferencias. Estas diferencias están presentes en la edad, la educación, la experiencia militar, las promociones, etc., durante el tiempo que sirvieron. Por ejemplo, Manuel Noriega en 1840 contaba con 37 años, mientras que Manuel Echeverría entró al ejército a los 21. El primero llegaba a una etapa de adultez. El segundo vivía los años de su juventud. Pero la diferencia de edades, que puede darle “ventaja biológica” a Echeverría, se ve compensada en Noriega por la experiencia militar y política que éste adquirió durante los años previos. En ese sentido, la cantidad de premios y promociones recibidas muestra las actividades bélicas realizadas por Noriega antes que Echeverría pudiera hacer uso de un fusil. En ese mismo año, Noriega contaba con dos condecoraciones y había ascendido hasta general.<sup>46</sup> Por otro lado, la academia militar debió

<sup>45</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/114/1950, ff. 64-77.

<sup>46</sup> Noriega contaba con una medalla de 2° época por su participación en la independencia y una cruz por su actuación en Ulúa en 1838. En esta sublevación sería acreedor a otra cruz de honor.



rendir frutos o por lo menos otorgar estatus dentro de la esfera militar. Veámoslo de la siguiente manera: los dos “Manueles”, en algún momento de su carrera, llegaron a ostentar el grado de 2º ayudante. Por medio de sus hojas de servicio es posible contar los años que les tomó llegar a ese grado. A Noriega le tomó ocho años (1819-1827), mientras que a Echeverría cinco (1839-1844). Eso sin contar todas las acciones que cada uno realizó y el tiempo que les tomó subir un nuevo escalafón. Para Noriega hay un periodo de cinco años estancado en el rango de teniente, en cambio, Echeverría prácticamente subió un grado por año en la década de 1940. Estas diferencias, pequeñas y tal vez muy generales, permiten ver qué tipo(s) de profesional(es) tratamos de dibujar. Hablamos de dos generaciones diferentes. La primera es la vieja escuela militar de principios del siglo XIX con una experiencia adquirida en la guerra de independencia. La segunda es una generación joven, recién salida del Colegio Militar, con participaciones en guerras civiles y pronunciamientos y para la que la guerra contra los Estados Unidos fungirá como primera experiencia bélica.

La comparación también se puede observar en la posición de ambos oficiales durante los enfrentamientos en que fueron partícipes. En el pronunciamiento de 1840, Noriega era oficial de alto rango y estuvo en la acción desde su cuartel, mientras que Echeverría, como alumno, se quedó en la Ciudadela. En Yucatán, ambos estuvieron en la toma de la Eminencia, pero a Echeverría lo enviaron a otros dos enfrentamientos mientras que Noriega se quedaría asediando la ciudad de Campeche. Los caminos de estos oficiales se separarían al inicio de la guerra contra los Estados Unidos. Echeverría iría al norte a combatir la invasión, mientras que Noriega se quedaría en la Ciudad de México. Sólo hasta la batalla de Cerro Gordo volverían a encontrarse para después separarse de nuevo, porque uno cayó prisionero y el otro siguió combatiendo.

## LOS TRES GUANAJUATENSES: UNIÓN MÁS ALLÁ DEL SERVICIO (1828-1855)

En este segundo apartado, se intentan recrear las prosopografías de los oficiales Juan Montes de Oca, Luis Franco y Romualdo Hinojosa. De igual forma se verá su ingreso a las fuerzas armadas, las acciones de guerra

en las que participaron, sus apoyos e intereses políticos y los momentos históricos que les tocó vivir. A diferencia de los oficiales anteriores, las prosopografías de estos militares dejan ver la unión que formaron tanto durante su carrera militar como después de ella.

Los oficiales Juan Montes de Oca, Luis Franco y Romualdo Hinojosa nacieron y crecieron en el estado de Guanajuato. Los tres provenían de ciudades diferentes: el primero, Montes de Oca, era originario de la ciudad capital, y entró a las fuerzas armadas en 1828 (siendo el primero de los tres en hacerlo) con 21 años de edad. El segundo, Luis Franco, era oriundo de Celaya e inició su carrera a los 20 años en 1834. Por último, Romualdo Hinojosa nació en León y abrazó la carrera de las armas en 1839 cuando tenía 34 años de edad.<sup>47</sup> A diferencia de los anteriores casos, los tres oficiales comenzaron sus carreras en un proceso de cambios y choques por el control político y militar del estado de Guanajuato.

En 1828 Juan Montes de Oca comenzó su vida militar en la clase de teniente y ese mismo año llegó a capitán; realizó varias operaciones militares tanto en Guanajuato como en Jalisco (concretamente en Guadalajara) y Michoacán. Se destacó por ser un oficial de “buen comportamiento, sirviendo a la causa del orden, desempeñándose con actividad y honradez en las comisiones conferidas, cumpliendo con exactitud y delicadeza que lo han hecho acreedor del aprecio y confianza de sus jefes y a las consideraciones del gobierno”.<sup>48</sup> Con estos reconocimientos, se puede pensar que Montes de Oca comenzó a entablar amistades y relaciones con figuras militares de la época como el general Julián Juvera, coronel de caballería. Montes de Oca sirvió bajo el mando de Juvera en una incursión en la Sierra Gorda en febrero de 1841. Si bien las expresiones de reconocimiento parecieran mostrar a un oficial comprometido con su labor, tales declaraciones no le sirvieron de respaldo para solicitar ascensos, que le fueron negados en una primera instancia debido a que el gobierno (dentro de sus argumentos) sólo recompensaba a los oficiales que habían estado en campañas de mayor trascendencia (como la campaña de Texas en 1836 o

<sup>47</sup> Si bien la hoja de servicio de Romualdo Hinojosa menciona que comenzó su carrera en 1839, sus actividades militares datan de 1815 cuando ocupó el cargo de tambor en la milicia local.

<sup>48</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/4/4245, f. 13.

en la defensa de Veracruz en 1838).<sup>49</sup> Toda la experiencia que Montes de Oca adquirió pacificando la Sierra Gorda y otras plazas del Bajío no le ayudaron de mucho. Éste sería uno de los primeros problemas burocráticos y políticos que Montes de Oca tendría con el gobierno nacional y que se prolongarían hasta principios de 1850. Podría ser incluso una de las causas de su adhesión al pronunciamiento de Mariano Paredes y Arrillaga y Santa Anna a finales de 1841, ya que además de ser un oficial, Juan Montes de Oca era de clase acomodada con conexiones políticas y conecedor del ambiente público local.<sup>50</sup>

Montes de Oca no sólo tuvo amistad con sus superiores y políticos, también con sus allegados. Uno de ellos fue Luis Franco. Ambos fueron compañeros de armas. Franco entró a la milicia en 1834 y a lo largo de los mismos años que Montes de Oca, ascendió hasta el grado de capitán en 1843. Realizó acciones militares en menor cantidad y en los mismos territorios que su superior, de los cuales se sabe que estuvo en dos sitios: en Puebla en 1845 y en Guadalajara un año después.<sup>51</sup> Al igual que Montes de Oca, Luis Franco se adhirió al pronunciamiento de Paredes y Arrillaga en 1841. El último en integrarse al ejército fue Romualdo Hinojosa, comenzando su carrera en las mismas milicias en 1839. Estuvo en los mismos sitios que sus compañeros y operó en la misma región. También Hinojosa secundó el pronunciamiento de Paredes y Arrillaga. Durante este tiempo, hasta 1842, Hinojosa llegó a ostentar el grado de capitán, pero por razones desconocidas en 1844 fue degradado a teniente. Al tiempo de la guerra contra los Estados Unidos regresó al grado de capitán.

Entre 1838 y 1840 el régimen centralista de Anastasio Bustamante no estaba dando los resultados esperados para lograr el progreso del país. Por un lado, las campañas de los federalistas estaban logrando que las Siete Leyes, el sustento político y jurídico del gobierno centralista, no tuviera oportunidad de consolidarse.<sup>52</sup> Por el otro, la falta de iniciativa para reconquistar Texas y la tibieza con que se resolvió el conflicto con Francia, parecían motivos suficientes para concluir que Bustamante sería incapaz de

<sup>49</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/4/4245, f. 19.

<sup>50</sup> Tenía un hermano diputado en el Congreso de nombre Demetrio Montes de Oca.

<sup>51</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/6/5351, f. 5.

<sup>52</sup> COSTELOE, 2000, pp. 195-205.

resolver los problemas de la nación. De la misma manera, los impuestos expedidos por el gobierno central tuvieron repercusiones negativas en varios sectores comerciales, como en Guadalajara y Veracruz, por ejemplo.<sup>53</sup>

En los primeros días de agosto de 1841, Guadalajara se convirtió en uno de los centros de actividades del próximo pronunciamiento. Una cantidad considerable de soldados comenzaron a llegar a la ciudad, donde fueron recibidos por los comerciantes con uniformes y pagos provisionales a los oficiales por parte de la tesorería local. En la mañana del 11 de agosto se les ordenó a los soldados reunirse en la casa del general Paredes y Arrillaga, donde éste lanzó un discurso para encabezar la revuelta con los siguientes objetivos: “establecer un nuevo congreso nacional que reformara la Constitución; un nuevo presidente interino, designado por el SPC [Supremo Poder Conservador], y que se declarara a Bustamante incapaz de ejercer el poder. Durante los días siguientes, Paredes reemplazó a las autoridades municipales y departamentales con sus propios partidarios. Por último, salió al frente de setecientos hombres, en dirección a Lagos”.<sup>54</sup> El 27 de septiembre, las fuerzas rebeldes convergieron en el Arzobispado de Tacubaya. Ahí se promulgó un plan (las Bases de Tacubaya) que establecería una dictadura temporal con el objetivo de convocar a un nuevo Congreso y redactar una nueva Constitución. El lunes 4 de octubre, según Carlos María de Bustamante, “la fuerza del gobierno de Bustamante se sitió en el potrero de Aragón, clavaron la artillería gruesa y esperaron. Las fuerzas de Santa Anna se calculaban en 1 200 hombres entre el 3° ligero y el batallón de Celaya”, donde estaban nuestros oficiales. A las diez y media de la mañana comenzó el combate y a las tres de la tarde ya todo había acabado. En la Ciudad de Mexico no se supo del resultado hasta las ocho de la noche y, a esas horas, se realizó un tiroteo que duró toda la noche: “En palacio había 800 soldados de Santa Anna cubriendo la azotea, [y las] torres de [la] Catedral”.<sup>55</sup> La artillería de Santa Anna era la única que había causado bajas, reportándose tres muertos y siete heridos. El 5 de octubre Bustamante se retiró de Palacio Nacional dejando al mando a

<sup>53</sup> COSTELOE, 2000, p. 208; FOWLER, 2010, p. 272.

<sup>54</sup> COSTELOE, 2000, p. 226.

<sup>55</sup> BUSTAMANTE, 2003 [1835-1848], CD-ROM 2, lunes 4 de octubre de 1841, p. 11.

Juan Orbegoso para que protegiera el edificio, pero los soldados rebeldes pronto lo rodearon y Orbegoso no tuvo más remedio que rendirse. Los guanajuatenses debieron de participar en la toma del Palacio. Durante la noche del 5 a la madrugada del 6 de octubre Anastasio Bustamante capituló y aceptó las Bases de Tacubaya.

En el gobierno de Santa Anna de 1841-1844 se salvaguardaron los privilegios del ejército. Para el régimen era importante la institución militar, y durante los tres años que estuvieron en el poder había 20 348 hombres en las tropas permanentes y 6 372 en las milicias. En 1844, el ministro de Guerra Tornel quería aumentar el número de tropas a cerca de treinta y dos mil hombres.<sup>56</sup> Es factible que por los servicios prestados durante la revuelta, los guanajuatenses pasaran a las filas del ejército regular en aras de obtener mejores privilegios y más si el gobierno santanista buscaba aumentar el número de tropas regulares. Los tres recibieron ascensos por tales acciones. A Juan Montes de Oca se le otorgó el grado de teniente coronel, a Luis Franco de capitán y Romualdo Hinojosa regresó a ese grado.<sup>57</sup> Como bien señala Fowler, “la duración de los gobiernos dependía de la fidelidad de los militares, y ésta, de una paga regular y de la concesión de múltiples privilegios, así pues, el éxito de Santa Anna se entiende porque al ejército siempre le dio todo y sería un error olvidar el peso ideológico que los santanistas asignaban a su constante apoyo al ejército regular”.<sup>58</sup> De ahí en adelante los tres estarían en el 5º batallón de línea y serían fieles a Santa Anna hasta enero de 1845, cuando la dictadura cayó y Santa Anna decidió sitiar a la ciudad de Puebla, donde se apoderó de un convento y diversas edificaciones como una panadería cerca de la plaza principal.<sup>59</sup> Santa Anna fue exiliado, pero sus cuerpos militares debieron pasar al mando del nuevo gobierno. Aun así, el 5º batallón de línea volvería a seguir a Santa Anna una vez estallada la guerra contra los Estados Unidos.

Los guanajuatenses viajaron a Saltillo con Santa Anna para luchar contra los estadounidenses en la batalla de la Angostura. En aquel combate, los de Guanajuato intercalarían su camino con Manuel Echeverría, quien

<sup>56</sup> FOWLER, 2010, p. 288.

<sup>57</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111.6/9460, ff. 9-10.

<sup>58</sup> FOWLER, 2010, p. 289.

<sup>59</sup> FOWLER, 2010, p. 311.

combatía los días 22 y 23 de febrero en la parte derecha; los otros tres estuvieron en el centro. No está muy clara la posición de los de Guanajuato y el 5° de línea en aquella batalla; las historias generalizan en tres brigadas a los batallones, pero es probable que la participación de los tres haya sido en la parte central de la línea mexicana y su mayor actividad la realizaran el segundo día (23 de febrero). La brigada era comandada por el general Lombardini y la acción se desarrolló tal cual era la función de la infantería de línea. Es decir, la carga fue de frente contra el enemigo soportando el fuego de fusilería y también el terreno escarpado y las elevaciones. El centro fue ampliamente atacado por la artillería estadounidense dejando varios heridos, entre ellos el general Lombardini. Sin embargo, a pesar de la retirada de su líder, la brigada siguió peleando. Se podría atribuir a la bizarría de los soldados la razón que evitó la desbandada. Para ellos fue “grande el arrojo con que habían peleado, descendiendo barrancas, precipitándose de arriba abajo, como una avalancha y así parecen los más distinguidos a costa de esfuerzos heroicos”.<sup>60</sup> Más bien, el 5° batallón de línea ya venía unido desde años atrás; había sangrado en diferentes encuentros y también se habían apoyado dentro de la misma institución. Los tres de Guanajuato son prueba de ello. Después de la batalla, el viaje de regreso a San Luis fue lento y doloroso, los soldados recorrieron un total de 402 leguas hasta su próximo encuentro en Cerro Gordo: “Las marchas fueron pésimas, jornadas largas; se había padecido hambre, sed, frío, enfermedades, peste y miserias. Se atravesó dos veces el desierto en dos meses y medio sin descanso”.<sup>61</sup> De alguna manera los tres guanajuatenses y la mayoría del 5° batallón sobrevivieron a todas estas adversidades.

En Cerro Gordo la acción de los de Guanajuato fue sobre todo el día 18 de abril, cuando una brigada de voluntarios estadounidenses, al mando del general Gideon Pillow, intentó tomar la posición de la vanguardia. Sin embargo, este ataque fue un desastre. Los voluntarios estadounidenses tuvieron que atravesar varios kilómetros de espeso follaje y árboles, lo que los orilló a romper sus formaciones, cortar la maleza y tratar de loca-

<sup>60</sup> ALCARAZ *et al.*, 1999, p. 120.

<sup>61</sup> ALCARAZ *et al.*, 1999, p. 122.

lizar al enemigo que parecía “invisible”.<sup>62</sup> Las brigadas de Pillow llegaron cansadas y desorientadas cuando tuvieron contacto con los mexicanos que les causaron graves bajas. Por el contrario, las fuerzas mexicanas estaban descansadas y tenían una posición ventajosa. Sólo se dedicaron a esperar al enemigo. Sin embargo, debido a otros acontecimientos de la batalla, estas fuerzas, donde estaban los guanajuatenses, serían rodeadas y obligadas a rendirse y a entregarse al enemigo como prisioneros.

Al final de la guerra contra los Estados Unidos, el compañerismo entre estos oficiales continuó, por ejemplo, cuando Montes de Oca abogó para que Luis Franco tuviera un retiro definitivo. Franco pidió su baja después de tener problemas de salud, pero el gobierno se lo negó. Sólo a través de un infortunio familiar, Franco —quien quedó huérfano y responsable de cinco hermanos menores—, pudo dejar el ejército.<sup>63</sup> Romualdo Hinojosa también solicitó su baja definitiva por problemas de salud con enfermedades “casi mortales” y padecimientos hasta mentales. Pero más allá de eso, estaba en contra de aceptar un puesto burocrático de justicia (o judicial) en Michoacán en 1854, ya que no sabía de qué se trataba.<sup>64</sup> Juan Montes de Oca se retiró con poco sueldo, por lo que comenzó trámites burocráticos para mejorar su salario, junto con un puesto en Hacienda como administrador del tabaco en su región de origen. Pero el gobierno le negó sus peticiones con el argumento de haber juramentado en la batalla de Cerro Gordo. Cuando Montes de Oca apeló, el gobierno lo sentenció a un arresto domiciliario por cuarenta y ocho horas. Al final fue designado a la plaza de Guanajuato, a principios de los años cincuenta. De igual forma, regresó la bandera del antiguo 5º batallón de línea que salvó en Cerro Gordo a los nuevos reclutas. Juan Montes de Oca falleció el 28 de septiembre de 1853 a las nueve de la noche por causas que no son descritas.<sup>65</sup>

Al final de estas prosopografías, se pueden determinar los mismos elementos que con los “Manueles” pero con algunas diferencias. En primer lugar, la relación vertical entre la institución militar y los guanajuatenses fue tensa e incluso conflictiva hasta el final de sus carreras. Sin embargo,

<sup>62</sup> GUARDINO, 2018, p. 232.

<sup>63</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/6/5351, f. 24.

<sup>64</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111.6/9460, f. 26.

<sup>65</sup> AHSDN, fondo Cancelados, d/111/4/4245, ff. 99-105.

durante ese mismo periodo los tres oficiales habían estrechado lazos de compañerismo. Esto nos puede ayudar a comprender la convivencia que existía entre militares durante las guerras del siglo XIX.

## CONCLUSIÓN

Para finalizar, partiremos por lo que podría ser una obviedad, pero que es importante recalcarla para poder entender a las fuerzas armadas desde adentro. La institución militar de principios del siglo XIX fue “un ente vivo”, es decir, había una relación tanto vertical como horizontal dentro de sus filas. Por un lado, los gobiernos de turno otorgaban reconocimientos, salarios y demás prestaciones con tal de obtener lealtad, mientras que sus oficiales exigían mejores condiciones laborales. De la misma manera, la oficialidad también se enlazaba con sus similares formando uniones de compañerismo. Por lo tanto, el personal militar de aquellos años no era improvisado sino todo lo contrario, era una fuerza militar que contaba con experiencia en guerras civiles, pronunciamientos y como pacificador de zonas en conflicto.<sup>66</sup> Algunos de sus oficiales contaban con conocimientos de la geografía mexicana e, incluso, eran incursores en guerras urbanas; el caso de los tres oficiales de Guanajuato es ilustrativo, pues tras años en la misma unidad, muchos militares de ese mismo batallón crearon lazos de compañerismo hasta el final de la guerra contra los Estados Unidos. Esto concuerda con Peter Guardino, quien revalora al ejército mexicano como una unidad eficaz en la guerra contra el país del norte, y afirma que los lazos de camaradería se construyeron a través de los hombres que “convivían, marchaban y sufrían juntos”, extendiéndose “al pelotón, la compañía, y el regimiento”.<sup>67</sup> Sólo así es posible entender las encarnizadas batallas de esa guerra, por ejemplo, la batalla de la Angostura.

De igual forma, hay una representación de lo heterogéneo que era la institución castrense, por ejemplo: Manuel Echeverría y sus contemporáneos representan a los militares de academia, oficiales que tuvieron instrucción militar y conocieron la teoría de la guerra, lo que les permitió un

<sup>66</sup> SERRANO ORTEGA, 2012, p. 17.

<sup>67</sup> GUARDINO, 2018, pp. 83-84.



ascenso veloz dentro de la jerarquía marcial, pero con poco fogueo en las acciones de guerra. Por su parte, Manuel Noriega personifica a los oficiales con una carrera larga en las armas desde la época colonial. Para el caso de los tres de Guanajuato, Juan Montes de Oca, Luis Franco y Romualdo Hinojosa, su situación de nacer y vivir en el mismo estado y de servir durante los mismos acontecimientos, los llevó a formar un vínculo de amistad que les permitiría apoyarse en muchos aspectos de su vida.

Pero no sólo cabe mencionar lo anterior de la institución militar, también cabe decir sobre la participación política de estos oficiales (y de los militares en general) durante la primera mitad del siglo XIX. Es bien conocido que gran parte del ejército estuvo conformado por ex militares del régimen virreinal, quienes mantuvieron su estructura y privilegios. A su vez, la inestabilidad política de los primeros años de vida independiente, las amenazas e invasiones extranjeras y el “continuo uso de las armas para fines políticos”, hicieron que los cuerpos militares y sus líderes regionales se convirtieran en “los principales operadores políticos, en los eslabones que articulaban las relaciones entre la sociedad y los gobiernos estatal y federal”: “Los líderes contaban con una red de relaciones políticas y sociales y de un capital del que podían disponer para movilizar tropas regionales o locales mientras se hacían de recursos procedentes de los gobiernos local, estatal y nacional”.<sup>68</sup> Los oficiales aquí presentados se enmarcaban en este contexto políticamente convulso, porque fueron partícipes de pronunciamientos, eran leales por medio de sus pagos y apoyaban reformas militares que les trajeran algún beneficio. Pero a pesar de haber ocurrido varios cambios de gobierno durante este periodo, estos oficiales respaldaron a las autoridades de turno, legítimas o no, y perduraron en su ejercicio profesional hasta mediados del siglo.

En lo que se refiere a la parte metodológica, como vimos, las hojas de servicio pueden fungir como alternativa a aquella materia prima a la que Stone hace alusión; así, con ellas como fuente esencial, es posible realizar estudios prosopográficos que permitan analizar las experiencias de soldados y oficiales del siglo XIX. Es a través de la prosopografía que se puede dar voz y rostro a actores de la institución militar decimonónica y, de esa manera, entender sus aspiraciones, sus intereses, sus luchas en pro de una causa, el compañerismo

<sup>68</sup> ORTIZ ESCAMILLA, 2005, pp. 256-258.

surgido entre ellos. Pero también su búsqueda del beneficio personal y la validación de sus derechos militares como los ascensos y mejores salarios.

Así, en buena medida este trabajo trató de proponer la prosopografía como una “visión holística del pasado”.<sup>69</sup> Y si bien no se pudieron tocar todos los ejes que pueden componer aquello que Fowler llama “historia total”, sí está presente el eje político, que nos ayuda a comprender los entramados de los cambios políticos del país; el eje social, al hablar de las relaciones entre los oficiales, y el eje militar, que nos permite entender la guerra y su elemento central, las batallas.

## ARCHIVOS

Archivo General de la Nación (AGN)

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSNDN)

## BIBLIOGRAFÍA

ALCARAZ, Ramón *et al.*

1999 *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos (edición facsimilar de la de 1848)*, 5a. ed., Siglo XXI Editores México/ Siglo XXI Editores España, Madrid/México, 455 pp.

ANDREWS, Catherine

2008 *Entre la espada y la Constitución. El general Anastasio Bustamante, 1750-1853*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Tamaulipas, Ciudad Victoria, Tamaulipas, 368 pp.

BAQUEIRO, Separio

1871 *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde el año 1840 hasta 1864*, t. I, Imprenta Lit. dirigida por Gil Canto, Mérida, Yucatán, 118 pp.

BRISTER, Louis E. y Robert C. PERRY

1985 “La derrota de Santa Anna en Tolomé, una relación crítica y personal”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, abril-junio, vol. 34, núm. 4, pp. 715-728.

BUSTAMANTE, Carlos María de

2003 [1835-1848] *Diario Histórico de México del licenciado Carlos María de Bustamante* [CD-ROM 2], Josefina Zoraida Vázquez, Héctor Vera y Cuauhtémoc Hernández Silva (eds.), Centro de Investigaciones y Estudios Superiores

<sup>69</sup> FOWLER, 2018, p. 48.

- en Antropología Social/El Colegio de México/Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica, México.
- COSTELOE, Michael P.  
2000 *La republica central en México, 1835-1846: "hombres de bien" en la época de Santa Anna*, trad. del inglés por Eduardo L. Suárez, Sección de Obras de Historia, Fondo de Cultura Económica, México, 407 pp.
- FOWLER, Will  
2010 *Santa Anna*, trad. del inglés por Ricardo Martín Rubio Ruiz, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, 550 pp.  
2018 "En defensa de la biografía: hacia una historia total. Un llamado a la nueva generación de historiadores del siglo XIX mexicano", *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, enero abril, núm. 100, pp. 34-52.  
2020 "Las ventanas de la biografía. Reflexiones personales", *Revista Fuentes Humanísticas*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, julio-diciembre, vol. 31, núm. 59, pp. 147-155.
- GARCÍA SUAREZ, Mario Alberto  
2014 "El puerto de Veracruz, espacio de la guerra franco-mexicana, 1838-1839", tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Veracruzana, Xalapa Veracruz, 136 pp.  
2018 "La batalla de Cerro Gordo, experiencia militar mexicana durante la intervención estadounidense, 1847", tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Xalapa Veracruz, 143 pp.
- GUARDINO, Peter  
2018 *La marcha fúnebre, una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, trad. del inglés por Mario Zamudio Vega, Grano de Sal/ Universidad Nacional Autónoma de México, México, 534 pp.
- HERNÁNDEZ SILVA, Cuauhtémoc Héctor  
1988 "El archivo histórico militar de México", *Historia Mexicana*, El Colegio de México. julio-septiembre, vol. 38, núm.1, pp. 127-141.
- JIMÉNEZ VÁZQUEZ, Juan  
2007 "Vicente Filisola y las independencias española, mexicana y centroamericana", tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 170 pp.
- MORENO GUTIÉRREZ, Rodrigo  
2016 *La trigarancia: fuerzas armadas en la consumación de la independencia. Nueva España, 1820-1821*, serie Historia Moderna y Contemporánea, núm. 71, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 434 pp.

- ORTIZ ESCAMILLA, Juan  
 2005 “Los militares veracruzanos al servicio de la nación, 1821-1854”, en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica: siglos XVIII y XIX*, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/ Universidad Veracruzana, México, 474 pp.
- PÉREZ TOLEDO, Sonia  
 1992 “El pronunciamiento de julio de 1840 en la ciudad de México”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 15, pp. 31-45.
- QUEZADA, Sergio  
 2010 *Yucatán. Historia breve*, col. Fideicomiso Historia de las Américas, serie Historias breves, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública/El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas, México, 288 pp.
- RINCÓN, Manuel  
 1839 *Manifiesto que dirige a sus compatriotas el General Manuel Rincón para vindicarse de las injustas inculpaciones que le han hecho por los desgraciados acontecimientos de Ulúa Veracruz, en los días 27 y 28 de noviembre de 1838*, impreso por Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2, México, 139 pp.
- ROA BARCENA, José María  
 1986 *Recuerdos de la invasión norteamericana, 1846-1848*, pról. de Gastón García Cantú, Universidad Veracruzana, Xalapa, 686 pp.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel Ángel  
 1963 “La docena trágica de 1840”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, enero-marzo, vol.12, núm. 3, pp. 427-439.
- SERRANO ORTEGA, José Antonio  
 2012 “Sobre la centralización de la republica militar y sistema político en Guanajuato, 1835-1847”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, mayo-agosto, núm. 83, pp. 15-42.
- SMITH, Justin H.  
 1919 *The War with México*, vol II, The Macmillan Company, Norwood Press, Norwood, Mass., USA
- STONE, Lawrence  
 1986 *El presente y el pasado*, trad. del inglés por Lorenzo Aldrete Bernal, Fondo de Cultura Económica, México, 292 pp.